

ANECDOTARIO CHILENO

Don Vicente Grez Yávar

(1847—1909)

Por Alex Varela Caballero

En los Manuales y en la Historia de la Literatura Chilena suele aparecer, con mayor o menor frecuencia, el nombre de Don Vicente Grez Yávar.

No fue, sin embargo, un escritor de primer plano, aunque pudo serlo porque condiciones le sobran.

¿Qué le faltó, entonces?

Acostumbrado, desde luego, a la ley de la constancia intelectual, que es la que permite, a la larga, realizar una obra voluminosa, de mucho o mediano valor.

La burocracia, la política, el periodismo, la vida social lo tomaron entre sus brazos fuertes, sin que él hiciera nada por soltarse.

Es cierto, pues la observación de Melfi: "Grez pierde, poco a poco, el impulso de sus primeros días. La política lo consume y lo distrae. La vida que está obligado a llevar en el Santiago de fines del siglo pasado, vida de inestabilidad y de conexiones a los grupos amigos, entre los cuales pasa con el humor siempre vigilante y el chiste en los labios, le hace perder el camino hacia el que tenía creaciones inimitables. Grez, como tantos otros de nuestros escritores en potencia, se deshace en la existencia fragmentaria e inútil del oficinista y del político". (Domènec Melfi, "El viaje literario", pág. 145).

Alacó, por otra parte, todos los géneros, con suerte naturalmente desigual, porque no todas estaban al alcance de sus aptitudes.

Es lo que mueve a pensar que fue un escritor sin oficio porque no tuvo, como va se dijo, constancia o tesón y porque tampoco conoció sus propias limitaciones.

Escribió, por ejemplo, versos sin ser un poeta auténtico.

Hay que andar con suerte, al releer su libro "Ráfaga" (1882) para encontrar, entre muchas escorias, esta pepita de oro:

"Se va la juventud, Se van con ella
la dicha y el amor.
Cada día que pasa es un recuerdo,
Cada día que queda es un dolor".

También escribió novelas —"Macabía", "La dote de una joven", "El ideal de una esposa"— que hoy resultan desahucadas y pesadas, inferiores, en todo caso, a cualquiera de las de Blest Gana.

Se lee, en cambio, con agrado un libro juvenil suyo sobre "Las mujeres de la Independencia". Está en lo suyo: describe caracteres reales, evoca ambientes históricos, relata hechos y certezas que se ve olvidan.

Lo propio podría decirse de sus obras "Historia del paisaje en Chile", dentro del cual la figura central es la del pintor Antonio Smith, y "Memoria histórica sobre las Bellas Artes en Chile".

Había sido Secretario de la Academia de Bellas Artes y sabía muchísimo de estas disciplinas, por las que sentía una simpatía profunda.

Elogios merece asimismo su libro "La vida

familiar", abundado cuadro de las costumbres, hábitos y usos de la época.

El periodista predominó, en Grez, sobre el escritor.

A los veinte años se había iniciado en el fascinante oficio en el que tampoco, sin embargo, perseveró, pese a que fue redactor de "La Rendición", de "La Patria", de Valparaíso; de "La Opinión" y de "El Charvari", un periódico de su propiedad.

Hombre carente de fortuna, mal habría podido pedirse, en realidad, una consagración total a las letras, máxime en una época en que estas no daban para vivir ni constaban el favor social. Blanco Cuarrín, el inteligente redactor de "El Mercurio", da a entender algo de eso en su artículo "Estudios sobre el periodismo y la literatura nacional", datado en 1880.

Observa aún, con acierto desolado:

"A Fedeño Lillo, uno de los hombres más interesantes por su carácter y más simpáticos por su imaginación y sus sentimientos (he han valido, por ventura, sus dotes y la menor consideración, el más pequeño libro como debía esperarse de una sociedad que se dice y tiene los aires de esta? El ser Oficial de la Oficina de Estadística, con un sueldo de 50 pesos al mes (era la carrera, el premio al aliento que debía esperar quien, con algún más estudio y un mediano patrocinio, podría haber sido gran figura de la poesía chilena? ¿Diego Barros Arana no ha escrito su Historia para sus amigos, sabiendo que si no regalaba sus libros, de nadie sería leído? ¿Ala costado siquiera los gastos de impresión de la obra que por tantos motivos debiéramos haber pasado otro y ensalzado como lo merecía? Blest Gana, Lantier, Sanfuentes (han ganado acaso un solo real con su talento literario y su laboriosidad? En cambio, el peluquero Dumirál, el sastrero Payó y tantos otros hombres de oficios se han vuelto a sus tierras llevando bien acomodados de oro las gavetas y proclamando que vale más en Chile ser peluquero, sastrero o zapatero, que vivir escribiendo para el público".

Pero si Grez no ha quedado como escritor, ha permanecido, en cambio, como hombre de ingenio.

Don Samuel Lillo colorido también en esta apreciación: "No vale el señor Grez como escritor lo que valió como charlatán insuperable por lo ingenioso de sus alidades que llegaron a ser leyendas, (Samuel A. Lillo, "Literatura Chilena", p. 131).

Fue el suyo un ingenio fresco, espontáneo, ingenuo, lleno de nicardía y de chilenidad, el ingenio de un niño diabólico, bien gusto con la vida, que derrochó con larguezas de príncipe mientras sus amigos hacían en torno suyo ajetreados corrillos para escucharlo y celebrarlo. Su propia tarantula realista la gracia de sus cuentos, de sus anécdotas, de sus observaciones.

Se dijo ya también que fue funcionario y político.

Como funcionario trabajó, primero, en la ofi-

cina de Cortes y luego en la Estadística. De esta última alcanzó a ser Director General como habrían de serlo, más tarde, Don Alberto Edwards y Don Emilio Rodríguez Mendieta. ¿Consecuencias especiales? Nunca se pensó, ciertamente, que la dirección superior de un Servicio Público tan importante como ésta, sin el cual los Estados andan como a ténita, los requiriese.

Como político, perteneció al Partido Nacional o montevista. En su representación llegó a la Cámara como diputado por Talca, al cual sólo concurrió, estadísticamente. Fue vicepresidente de la Cámara. En 1891 firmó el acta de deposición de Balmaceda. La caída le significó el destierro al Perú. Concluido el ostracismo, escribió el opusculo "Viaje de un desterrado", palpitante de pasión humana.

Anécdotas de Don Vicente?

He aquí unas pocas.

Como crítico literario, pasó mal, cierta vez, el libro de un poeta joven.

Indignado, este lo visitó en su casa. Mientras Don Vicente se vestía, él podía haber advertido, no sin asombro, que el libro estaba a punto de abrir.

Le reprochó, entonces, su falta de honestidad intelectual.

—¿Cómo ha podido criticar mi libro sin haberlo leído entero?

Respuesta de Grez:

—Mi experiencia es ésta: si yo diviso, detrás de una pirca de grandes orejas plumas, no necesito saltar al otro lado para comprobar que allí hay un burro...

Jurado de la Exposición Anual de Bellas Artes, leyó el comentario de un caballero, que era además agricultor, contra uno de los cuadros expuestos. Los atributos del toro llevado a la tela le parecían al crítico exagerados y el cuadro mismo un pequeño atentado contra la moral pública.

Ni corto ni pereoso, Don Vicente respondió diciendo que este agricultor usaba acostumbraba seguramente ponerle calzoncillos a sus toros.

Cuando la Junta de Gobierno de 1891 declaró nulos todos los actos de la Dictadura, Don Vicente, señalando las manos de Lillo, acertó a decir: —"Estamos en la buena, ¡voto!" — El hundimiento del "Blanco" quedó nulo...

También, por esos días, se leó en la calle con un enconado balmacedista. La acera era estrecha y ambos vagaban.

—Yo no le cedo el paso a ningún canal, le dijo el balmacedista.

A lo que Don Vicente, quitándose gentilmente el sombrero y tartamudeando, como de costumbre, le respondió:

—Yo sí que... que... se lo cedo...

Declaró, una vez, con la mayor seriedad:

—No creo en la Estadística...

El asunto no tenía nada de particular porque había sido y siempre siendo muchos los que dudaban del valor científico de la llamada, por Mohl, en Alemania, la "Ciencia sin palabras".

Lo malo estaba en que Don Vicente ocupaba, precisamente, en ese momento, el cargo de Director General de Estadística.

Al fallecer, en 1909, fueron muchas los artículos necrológicos que se escribieron para recordarlo y celebrarlo.

Uno de los buenos fue, sin duda, el del periodista Ángel Custodio Espino, publicado en la revista "El siglo XX", que dirigía Don Alberto Mackenna Subercaseaux. Recreó allí muchas de sus alidades, antes de que se olvidasen o se deformasen, lo que suele ser peor.

"Las flechas de su sátira —se lee allí— quedaron perpetuamente clavadas, pero sin hacer sangre".

Don Vicente Grez Yávar [artículo] Alex Varela Caballero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Varela Caballero, Alex, 1901-1981

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Vicente Grez Yávar [artículo] Alex Varela Caballero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile